DE LA PARÁLISIS GLOBAL A LA ACCIÓN LOCAL

La crisis climática de la que la ciencia lleva advirtiendo en vano durante décadas ya no es una amenaza futura ni un escenario evitable: es una realidad devastadora de olas de calor inhumanas, megaincendios incontrolables y catástrofes en cadena que están pulverizando la capacidad de respuesta de los Estados. Mientras el planeta arde, los gobiernos de los países más contaminantes llegan a la cumbre del clima de la ONU (COP31) en Turquía con una preocupante inacción.

La COP31, que se celebra del 9 al 20 de noviembre en Antalya (Turquía), ha arrancado en medio de un grave bloqueo internacional que frena una acción climática urgente frente al colapso. A diferencia de cumbres anteriores, diseñadas para el lavado de imagen con grandes anuncios vacíos, esta cumbre tiene la incómoda obligación de gestionar un fracaso histórico. El lema oficial habla de "pasar de las promesas a la acción", bajo la inédita copresidencia bicéfala de Turquía y Australia, pero la verdad es que la diplomacia climática llega a Antalya sin herramientas eficaces.

Mientras la temperatura sube, el dinero para adaptarse a sus efectos no llega. El informe Adaptation Gap Report 2026, ¿que el PNUMA que publicó el pasado miércoles con el título Ready? Not (¿Listos? No), pone cifras: los países en desarrollo necesitarán unos 305.000 millones de dólares anuales de aquí a 2035 para protegerse de un clima cada vez más hostil. En 2024, el último año con datos, recibieron entre 28.200 y 31.700 millones de los países ricos. Una décima parte.

“El mundo ya no puede evitar reventar el límite crítico de los 1,5 grados porque, de hecho, ya lo hemos sobrepasado, y las consecuencias ya son letales”, reconoció el secretario general de la ONU, António Guterres, al evaluar el último informe del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA). El debate sobre "no superar los 1,5 °C a finales de siglo" ha quedado completamente obsoleto por la tozuda realidad del termómetro. Continuar utilizando esa cifra en las negociaciones de la ONU no es solo un anacronismo científico; es una estrategia de distracción burocrática para no admitir el fracaso absoluto de las últimas tres décadas de cumbres.

El reto actual ya no es mitigar los daños, sino contener la hemorragia para evitar que el planeta se vuelva incompatible con la vida. Aunque el volumen global de emisiones se estancó entre 2024 y 2025, el techo alcanzado sigue siendo una sentencia: al ritmo actual, la inacción política empuja al planeta hacia un calentamiento catastrófico de entre 2,6 °C y 2,8 °C para finales de siglo, según el Informe sobre la Brecha de Emisiones del PNUMA. Conviene recordar que esa cifra es un promedio global que incluye la superficie de los océanos, los cuales absorben una inmensa cantidad de calor y camuflan la verdadera magnitud del impacto terrestre.

En la superficie terrestre, y de manera muy drástica, la realidad es muy diferente: la península Ibérica ya se ha calentado 1,75 °C respecto a los niveles preindustriales, superando con creces la media de aumento global actual. Hacia el año 2050, los modelos regionales utilizados por científicos y meteorólogos confirman que las temperaturas máximas medias en la Península Ibérica podrían subir entre 3 °C y 4 °C en los escenarios donde las emisiones globales no se reduzcan drásticamente.

En Antalya, los delegados gubernamentales deben definir cómo abordar la brecha de emisiones mediante una reducción drástica del consumo de energía y recursos, junto con la transición hacia fuentes limpias y la movilización inmediata de la financiación destinada a los países en desarrollo para su adaptación a las nuevas condiciones climáticas. Décadas de inacción política han llevado a la superación del límite de los 1,5 grados; aun así, la ciudadanía todavía tiene la capacidad de influir en cuánto tiempo se mantendrán las temperaturas por encima de ese umbral y en cómo proteger a las poblaciones más vulnerables.

Esta pasividad institucional se traduce directamente en miles de muertes. El devastador informe 'Lancet Countdown 2026', elaborado junto a la Organización Mundial de la Salud (OMS), expone la mortalidad del cambio climático: solo en 2023, el calor extremo estuvo detrás de unas 710.000 muertes en todo el mundo.

Ante este panorama, la geopolítica global exhibe una profunda falta de eficacia y compromiso. Mientras Estados Unidos esquiva la cumbre y la Unión Europea se ve condicionada por sus intereses industriales, China mantiene una postura contradictoria: sigue siendo el mayor emisor del planeta y su consumo interno de carbón continúa en aumento, a pesar de su liderazgo en la exportación de tecnologías limpias. Ninguna superpotencia parece dispuesta a asumir el liderazgo definitivo en la acción climática; de este modo, las cumbres de la ONU corren el riesgo de convertirse en un escenario de intereses corporativos y diplomáticos desconectados de la urgencia real.

Si los de arriba no van a actuar, la respuesta tiene que nacer desde abajo. Hoy más que nunca cobra un sentido de supervivencia la máxima de "Pensar globalmente, actuar localmente". Ante la inacción gubernamental, las comunidades, los municipios y entornos locales se convierten en la última línea de defensa. Es en lo local donde se debe construir la mitigación real -mediante comunidades energéticas soberanas, movilidad sostenible y reducción drástica del consumo-, pero sobre todo la adaptación. Diseñar refugios climáticos, proteger el agua, transformar la agricultura local y blindar los barrios contra los fenómenos extremos ya no es una opción de futuro: es la única estrategia inmediata para resistir en un planeta que ya hemos desbocado. El futuro no se va a decidir en Antalya, porque la supervivencia se asegura en cada calle.

Julen Rekondo